

# DON LUIS DE GONGORA

(Conclusión)

## AGENDA BIOGRAFICA

Es lugar común de los Manuales decir que se conoce poco la Biografía de Góngora. El problema se agrava más para los profesionales del resúmen si se considera que las fechas de las composiciones darían luz sobre el problema culterano, pues constituye dato capital el saber "si sus tres maneras fueron simultáneas o sucesivas". Sábese ya la vida con toda claridad, y en algunas cosas, como en la historia financiera de la familia y del vate, con intruso y pícaro detalle. Este afloramiento ha sido lo suficientemente oportuno para que algunas ediciones corrigiesen su lamento agnóstico.

Las fuentes bibliográficas datan de 1896 en que un cabildante de Córdoba, D. Manuel González Francés, publicó un "Góngora, Racionero. Noticias auténticas de hechos eclesiásticos del gran poeta, sacados de libros y expedientes capitulares". Con hallazgos aislados se fueron acrecentando hasta 1923, en que el Jefe del Archivo Menéndez y Pelayo, el polígrafo D. Miguel Artigas, escribió su "D. Luis de Góngora y Argote. Biografía y crítica".

Aunque la vida de Góngora no emerge como la de Lope o de Quevedo, no es ya culpa del biógrafo sino del orgullo del poeta que no gustó de exhibiciones, del aislamiento provinciano y del desdén editorial que tuvo hasta el fin de sus días. Leyendo el libro de Artigas se

hace innecesario conocer de primera mano todas las apuntaciones anteriores, pues están cogidas aquí con discernición y economía. Artigas ha ahondado la obra de González Francés con un nuevo y óptimo rastreo de los Archivos diocesanos, ha revelado mediante pesquisas en los libros de matrícula de Salamanca la curva nada honrosa del estudiante que no estudiaba y atrapando mil dispersas notas, referencias en escritos de la época, cartas inéditas del Archivo Menéndez y Pelayo, autoalusiones de los romances y sonetos, escritos de la Notaría de Córdoba, descripción de fiestas con justa literaria, ha tramado y recompuesto la vida de D. Luis.

La vida de D. Luis es magnífica sin alarde hazañoso. La vida y la obra lírica espejean con fidelidad al hombre. Hombre excepcional por el espíritu transido de genio, por el ademán elegante, por la pausa, por la ironía, don tan suyo, con que va recortándole sonrisas al universo. De 1561 a 1627 le discurren 66 años tersos en que la suerte deslie muchos desengaños pero donde no irrumpe ninguna fogarada, ninguna violencia. Quien tanta inquietud mental tenía, quietud de cuerpo físico guardó siempre, quietud estilizada por sus historiadores que no pueden hallar los documentos probatorios de su prisión, moldura romántica que ornaría de dinamismo rebelde vida tan curialesca exteriormente, tan dosificada y pareja. La magnificencia no está pues en la aventura prócer sino en las preseas serenas de la aristocracia que nunca decae, del orgullo que no se domestica ni en la corte blanda por excelencia de los validos y pretendientes, en el humor cáustico que le acompaña hasta la muerte. El niño alegre, el estudiante divertido madurado en poeta que no en bachiller, el eclesiástico tardo en teología y veloz en risa mundana, el capellán de palacio, atacado y defendido con pasión, nos muestran el mismo aire de varón despreocupado, envuelto en desdeñoso señorío para quien poca diferencia hay entre amigos y enemigos y para quien la vida es una oportunidad de hacer gozar los sentidos. Contemplador discreto, privilegiado del espectáculo del mundo, ama su sincromía, su musicalidad, su movimiento. No aspira por filósofo y por digno a postular en la pugna palaciega los altos puestos y prebendas, pero le angustia sobremanera la amenaza de quedar pobre, de no disfrutar de su renta cordobesa y arrastrar su bancarrota por la corte. Sobresaltos, penurias de artista que reclama lo mínimo para su arte, paz y oportunidad de cuajarlo. Pero cuando está en migas con su administrador y queda garantizada su decencia de infanzón, todo el panorama le sonríe a Don Luis de Góngora y Argote que pasea por Madrid su garbo, su desdén, su amaneramiento y aquella cosa enorme que le chispea en los ojos inquisidores y vivos: su genio.

Las dos limpiezas de sangre que tuvo que hacer en su vida para ocupar el cargo de racionero y el de Capellán del Rey, hacen luz sobre su ascendencia. Por los cuatro costados era cristiano viejo sin som-

bra de semitismo o morería. Hijo de don Francisco de Argote y de doña Leonor de Góngora, como reza la partida de bautismo al día siguiente de su nacimiento que fué el 11 de julio de 1561, unía rancias ejecutorias de nobleza que se remontaban a los fundadores de la nueva Córdoba, a los que conquistaron y recristianizaron la ciudad. En la lucha de epigramas y diarios y diatribas con Quevedo, sinembargo, el satírico, testarudo, insiste en acusarle de judío:

En lo sucio que has cantado  
y en lo largo de narices,  
demás de que tu lo dices  
que no eres limpio has mostrado.

.....

Por mi pequeña ocasión  
sé que en perseguirme has dado;  
de aquellos lo has heredado  
que imbentaron la Pasión.  
Satírico no es razón  
ser un hombre principal  
que tiene sangre real;  
ya lo sé que tus pasados  
fueron todos salpicados  
con las de un Rey Celestial. (1)

.....

Biblioteca de Letras  
«Jorge Puccinelli Converso»

Aunque Pío Baroja no ha incidido en la obra de Góngora, cree encontrar raíz semítica en él, como en D. Juan y en la Celestina... única contribución al centenario que se limita a reforzar la acusación de Quevedo. Esta aristocracia de la sangre, malgrado las malevolencias de su siglo y las de hoy, pone sus ecos de selección en el espíritu que se forma por otra parte en una casa donde no hay grandes riquezas materiales pero si un ambiente saturado de saber clásico, con vasta biblioteca y cita de los cerebrales de la ciudad. Debíó escuchar el mismo niño de las mataperradas callejeras—jefe de una banda del barrio donde eran “más de treinta”—el curso elocuente de las tertulias de Dr. Francisco de Argote, jurisconsulto que no se había limitado al Digesto sino extendido al campo de toda la sabiduría renaciente, hospitalidad generosa y posibilidad permanente del cenáculo. En el Romance Hermana Marica está pintada la infancia del poeta en forma que jubila toda preocupación documental: el romance está escrito en 1580 a los diecinueve años, en alguna ocasión de los cursos de Salamanca, en que el adolescente un poco aturdido por el vértigo de su juventud sin

control, se refrigera hundiendo el ánimo en los recuerdos sedosos de la infancia. Tiene el corazón herido de algunos desengaños. Ya en el primero de sus romances apremia treguas al Niño Amor, cieguecillo cruel que lo ha hecho por diez años arar en el mar, sembrar en la arena y solo coger en cosechas verguenzas y afanes. Ahora el día se ha diafanizado derrepente y por su ancho portal la imaginación ha volado varios años atrás: a su Córdoba de los siete a los doce años, ciudad toda suya, con sus calles estrechas, sus huertas y sus iglesias. El poeta que todo lo puede crear, inclusive la vida ya extinta resurrece un tramo de la primera edad y por el asciende de nuevo las horas de la ronda dichosa. Mañana será fiesta y ambos niños vestirán sus trajes nuevos, Marica su saya floreada, su toca y primorosa cofia, él, su mejor camisa, su sayo y sus medias flamantes, y si el tiempo no amenaza lluvias que puedan descomponer solemnidad tan graciosa, se pondrá el arreo inusitado de su montera ornamental y el de su cinta de púrpura con medallas que le trajo de la feria un vecino. Irán a la iglesia engalanada y después donde una tía generosa, de aquellas que se pasan acariciando nuestra infancia, a recibir la propina de un cuarto. Con el cuarto habrá merienda fina, pero que nadie lo sepa porque son más deliciosos los manjares secretos; por la tarde, en la plaza del barrio toda enguinaldada de luz dominguera, jugará él a los toros y ella a las muñecas; él con chicos que harán de toros y banderilleros, ella con Juana, Magdalena y sus dos primillas. Podrá también madre estar asequible y prestar las castañetas y entonces Andrehuela dirá una copla al son del adufe... pero puede expresarse todavía mucho más contento a la tarde festiva; en la nervioso boca del infante se congestiona el discurso de planes gozosos: se vestirá con una librea de papel teñida con moras y la caperuza llena de picos y almenas las coronará con las plumas de gallo que sacrificaron para Carnestolendas; buscará una caña para sostener un estandarte de borlas blancas y capitán sobre su caballito enjaezado con labores de guadamecí, tomará el comando de la treinta de chicos alegres, prez de su barrio. Y jugarán más tarde a las cañas, porque salga Barbola y los vea, aquella Barbolilla que algunas veces le invitaba tortas de su panadería por que "hacían las bellaquerías detrás de la puerta". El Romance lo ha dicho todo. La infancia de Góngora no se atiba entre los versos sino que se ofrece al primer plano lleno de tierna luz, con tinte y lozanía floral. Lo que el Romance no cuenta es por que viene más tarde: la Gramática, la latinidad, la filosofía, las matemáticas y la música del Colegio de Jesuitas.

Al final de los cursos en el Colegio de Córdoba se presentaba para la familia pobre el problema de Salamanca, la linajuda casa del saber español, donde los estudiantes más ricos acudían y donde el sostenimiento era costoso por los puntos que ponía la honrilla solariega.

A más de la vida del estudiante había que sostener la de un sirviente, complemento del decoro, y asistir a las calaveradas inevitables de aquella regocijada colonia. Pero la familia pobre de los Argote encontró el apoyo necesario en don Francisco de Góngora, hermano de doña Leonor, el tío racionero de la Catedral que no solo va a costear los estudios salmantinos y a cederle los beneficios que tenía en Cuadalmazán y Cañete, junto con la prestamera de Santaella, sino que también va a dejarle su puesto en el Cabildo y quien sabe si el compromiso afianzado por la eufonía—de adelantar su apellido al paterno. La bolsa de don Francisco de Góngora floreció de ducados las manos del joven que un buen día, acompañado de arriero de confianza, partió por el camino de Salamanca.

Salamanca tenía el lustre de su cifra lírica, pero para una familia de hijodalgo en decadencia, no era el improductivo tesoro de las musas el que más entusiasmaba sino el práctico que daban las carreras magistrales, porque si Salamanca había creado una poesía de abolengo, era también y principalmente reputada como semillero de los mejores Oidores. Salamanca, sin embargo, le hace poeta. Desde octubre de 1576 asiste a los cursos. Sus maestros de cánones no logran cuajar al Licenciado. Pero sus maestros de Humanidades y el ambiente literario arman la inspiración del bardo de sabiduría greco-romana, de técnica, de aspiración refinada. En esos años conoció a fondo a Ovidio, a Marcial, a Horacio cuya presión en los moldes de su poema iban a documentar tanto, más tarde, los comentadores acuciosos. No obstante, su mejor cátedra fué la vida: el lector aplicado de las Odas antiguas, es también muchacho enamorado, compañero de estudiantes pícaros, malandrín de ocasión, gran envanecido de sus éxitos de corrillo, prestimano del naipe, derrochador empedernido. Circularmente le rodea una enseñanza que va penetrar los íntimos estambres de su lírica: desde luego el amor prorrumpe la serie de romances y es la palabra que ordena burilar los sonetos a la patarquesca hacienda que el galán perdido sea el propio joyero de sus ofrendas; el trato con las gentes corridas de la vida le aporta cuantiosamente, pues aunque no se abandona a la picardía, Guzmán de Alfarache, caballero multiplicado por los caminos y posadas del siglo XVI, le acopla a sus tertulias y le despierta aptitudes burlescas<sup>a</sup> regocijo cazurro, intemperancia satírica.

En 1581 es ya maestro con gloria. Luis Gómez de Tapia ha publicado una traducción de Os Luisiadas con una Canción de Góngora en las páginas liminares que se cargan así mismo con una epístola del Brocense. Sus poesías se aprenden de memoria y forman sus amigos y compañeros catálogo de sus dichos de ingenio. Fellicer escribe: "Llevóse el aplauso y los ojos de la admiración y de la envidia, haciendo a don Luis más bien visto que a muchos y más singular que a todos, la

nobleza, la gala, el lucimiento y el ingenio que deseogándose empezó con el donaire, por el despejo pasándose de lo bizarro a mostrar lo picante lo agudo; con que fué adquiriendo el título de primero entre catorce mil ingenios que se describían o matriculaban en aquella escuela entonces. . . . Con este divertimento mal pudo granjearse el título de estudioso ni de estudiante; pero el trocaba gustoso estos títulos al de poeta erudito, el mayor de los de su tiempo, con que comenzó a ser mirado y aclamado con respeto". (1)

Este lapso de Salamanca ha servido para fantasear demasiado sobre el libertinaje, aventuraría y desasosiego de Góngora. Todo ha sido exageración imaginativa. Góngora fué, con interrupciones fugaces, un hombre de vida tranquila. No hay contradicción entre el estudiante alborotado y el eclesiástico por fuerza grave y sedentario. Era ley por entonces—que está sin derogatoria—el tener pecados de juventud. ¿Quién no lo tuvo? Más tarde veremos que el racionero se divierte con parsimonia. Debió ser así también, aunque con diferencia de intensidad el estudiante. Amores borrascosos y malas compañías, lances y naipes, todo con cauta locura. Porque quien ha gustado el abandono ilímite, difícilmente se acomoda al deber oficinesco. Por otra parte la más grave acusación moral que le hace Quevedo en la del juego:

Tantos años y tantos todo el día  
menos hombre, más Dios, Góngora hermano,  
no Altar, garito sí, poco cristiano,  
mucho tahir, no clérigo, si harpía  
alzar no a Dios; estraña clerecía,  
missal apenas, naipe cotidiano,  
saca lengua y varato viejo y vano  
son sus misas, no templo y sacristía.  
.....

Yace aquí el Capellán del Rey de Bastos  
que en Córdoba nació, murió en Barajas  
y en las pintas le dieron sepultura. (1).

Y aunque está probado por sus cartas y propias referencias que murió pobre por el juego, su pasión favorita, ni fué esta tan desmedida como la pinta Quevedo ni le produjo nunca escándalos ni bancarrotas públicas. Aún en esto parece que tuvo cierto buen sentido, dentro del muy malo que significa el juego siempre, claro está. Quién sabe si el fracaso del aspirante a doctor se mezcló mucho en los últimos días de Salamanca, a esta Capellanía del Rey de Bastos, sátira ejemplar. Lo cierto es que no hubo nada detonante y el poeta regresó a Córdoba fa-

moso de versos, huérfano de grado académico y no desprestigiado en lo moral. Era por el año de 1581.

Así no fué el pasado para que el Cabildo, en 1585, diera posesión a D. Luis de su puesto de racionero, traspasado por renuncia en él de su tío D. Francisco de Góngora, como era estilo en la época. Comienzan entonces sus veintiséis años de monótona vida capitular. Los poemas, los viajes intermitentes en comisión de servicio, la acusación del Obispo, la fiesta poética de S. Ignacio, las escaramuzas literarias, jalonan la terrible jornada, pero no la llenan. Quiere decir que son muy pocos hechos para tantos años, sin achaque ya a la oscuridad histórica. Pero aunque pocos los hechos citados, iluminan con gracia la vida del racionero. Uno solo sirve para precisar su íntimo matíz: la disputa con su Ilustrísima el Obispo Francisco Pacheco, pastor celoso que hace su entrada en Córdoba en agosto de 1587, y se propone de inmediato sañar su clerecía. Organiza para el caso la Santa Visita, o inquisición personal y secreta de racioneros y canónigos. Vale más copiar íntegra la acusación del Obispo y la defensa de Góngora, publicadas por Romero de Torres. Son como un retrato apicarado y movable de aquella intimidad del poeta; simbólico, muy expresivos compendios de su vida y carácter: Dice el Obispo: I. El racionero D. Luis de Góngora asiste rara vez al coro y cuando acude a rezar a las Horas canónicas, anda de aquí para allá, saliendo con frecuencia de su silla. II. Habla mucho durante el oficio divino. III. Forma en los corrillos del Arco de Bendiciones donde se trata de vidas ajenas. IV. Es concurrente a fiestas de toros en la Plaza de la Corredera contra lo terminantemente ordenado a los clérigos por *motu proprio* de Su Santidad. V. Vive, en fin, como muy mozo y anda de día y de noche en cosas ligeras, trata representantes de comedias y escribe coplas profanas". De puño y letra de Góngora está su respuesta en el archivo de Córdoba. Dice así: "Al primero, que aunque es verdad que no puedo alegar en mi favor tanta asistencia como a algunos a quienes se les ha hecho este mismo cargo, no he sido de los que menos asistieron ni en mis salidas fuera de él ha habido menos que causa forzosa y justa, ya por necesidades mías, ya por negocios a que he sido llamado. Al segundo, que he estado siempre en las fiestas del años pasado, fué por saber que iban a eilas personas de estar con él que se manda, tengo a mi lado a un sordo y uno que jamás cesa de cantar y así callo por no tener quien me responda. Al tercero, que a las conversaciones y juntas del Arco de Bendiciones, donde yo me he hallado, asisten personas graves y virtuosas y se trata de negocios tan otros de lo que se le hace cargo, que no respondo por ellos para no agraviarlos. Al cuarto, que si ví los toros que hubo en la Corredera en las fiestas del año pasado, fué por saber si iban a ellos personas de más años y más órdenes que yo y que tendrán más obligación de temer y entender mejor los *motu proprio* de su Santidad. Al quinto, que ni mi

vida es tan escandalosa ni yo tan viejo que se me pueda acusar que vivo como mozo. Que mi conversación con representantes y con demás de este oficio es dentro de mi casa, donde vienen como a las de cuántos hombres honrados y caballeros suelen ir y más a la mía por ser tan aficionado a la música. Que aunque es verdad que en el hacer coplas he tenido alguna libertad, no ha sido tanta como la que se me carga; porque las letrillas que se me achacan no son mías, como podría V. S. saber si mandare informar de ello; y que si mi poesía no ha sido tan espiritual como debiera, que mi poca Theología me disculpe, pues es tan poca que he tenido por mejor ser condenado por liviano que por hereje. A todos los cuales cargos respondo lo dicho y concluyo besando las manos de V. S. cien mil veces. D. Luis de Góngora. El Obispo no entendió de tan donosas respuestas y lo condenó al pago de cuatro ducados, más una amonestación "para que en todo guarde el Estatuto" Su Ilustrísima tendría la justicia. El poeta no deshace ningún cargo de plano sino que los disculpa y en cierto modo los aligera con su gracia zumbona. Hay que recordar que no tenía órdenes mayores y que las acusaciones no son graves. La de vivir como muy mozo es la mayor. Pero ella es un resumen de todas las anteriores y se refiere indudablemente a sus juntas y esparcimientos y no a infracciones de la honestidad y el vivir mediano de los clérigos. La inquisitoria del Obispo constituye una semblanza cabal de sus años de racionero. Así debió moverse en Córdoba de aquellos años, como lo pinta Monseñor, yendo de acá para allá en las ceremonias del coro, impaciente y nervioso, sin adentrarse en el Oficio divino, faltando mucho a la Catedral, pero no a las tertulias del Arco de Bendiciones donde el prójimo sufriría los despellamientos más crueles y caústicos, recibiendo en su casa a los cómicos alegres que le recitarían sus papeles de Comedia, asistiendo al Circo de la Corredera, y viviendo en fin, como muy mozo, entre la gloria de las letrillas picantes a él atribuídas y la de sentirse mimado por la admiración de los corrillos. ¡Qué interesante debió ser su frase aguda, su mozonada penetrante, en esos corrillos que forman los literatos de todos los tiempos y donde alternan junto con ellos los héroes de la tijera, los ingeniosos y ágiles caricaturistas de las vidas ajenas! Pero el Cabildo es comprensivo de este carácter del poeta, no le escatima los honores y le encomienda su representación invariablemente en las comisiones de prestigio o de habilidad literaria. El poeta aprovecha sobre todo y parece que consigue con facilidad las oportunidades para salir fuera de Córdoba, en viajes largos por toda la península. Cristóbal de Castro acentúa esta referencia del viajero españolista que va ser sin embargo el poeta cosmopolita y variolingüe. No irá siquiera a Nápoles con el Conde Lemos, pero ama el mundo, sueña con todos los países y ha de escribir un maravilloso soneto en cuatro idiomas.

De sus viajes fuera de Córdoba tiene interés literario particularmen-



te el que hizo en 1603 a Valladolid, corte de Felipe III. Se produce allí su conocimiento de Quevedo y el primer encuentro en el duelo retórico que va a mantener con él durante su vida y también el conocimiento de Pedro de Espinosa, el coleccionista de las Flores, señor de oído muy afinado que se prenda de los Sonetos y va a llenar con ellos casi toda su Antología. A Lope ya lo ha conocido antes, en 1593, en Salamanca. Lope y Quevedo son dos enemigos suyos, iguales en la malquerencia pero distintos en la técnica de ataque. Lope está orgulloso de su fama formidable, como no hay precedente, pero su orgullo se ha limado en el trato doméstico de la secretaría de un noble. No siente simpatía por este hombre desdeñoso que desprecia el renombre literario tanto como él lo busca, pero mide su daño, lo ejercita solo cuando se le ha aventado la terrible espinela, y varía de plan, trata de cautivar con el rendimiento elogioso a pluma de tanto desgarró. Quevedo en cambio es el mismo ofensor de siempre, iracundo y fuerte. Se le destrenzan como sierpes las procacidades y las incisiones. Yo creo que en el ambiente de la época debió vencer Quevedo. Góngora parece cuidar la línea: su sátira es rampante pero está limitada como por el contorno armonioso de un escudo. En el momento cálido debieron dar el triunfo técnico, aunque por pocos puntos, al Caballero de la Torre de Juan Abad. El caballero tenía veinte años menos que Góngora, había crecido en el palacio de los reyes, era el espejo de la altanería, y para los corazones duros de batalla, caería mejor su sarcasmo brioso y raudo. Pero para mi gusto, no para mi emoción de coso, el cordobés triunfa después de los años. Hay por la secreta arteria de su epigrama una circulación de aristocracia, un vuelo impalpable que sin ser serenidad ni generosidad sino compostura estética, se hace preferir. Y constante que él fué el culpable de la disputa misma, de su acritud. Era solo burlesca, sin más hondo tajo, la décima contra la "Canción del Esgueva". De Góngora partió entonces la inverecundia. Su réplica es resallante, zahiere cosas de la vida privada y levanta roncha en D. Francisco que no le va a perdonar ni después de muerto.

Junto con la publicación de las Flores de Espinosa, el viaje a Valladolid da para inclusiones de Góngora en el Romancero General. Publicaciones para el pueblo y publicaciones para los exquisitos, vulgo y nobleza captan esta inspiración. Ante el vulgo y ante los nobles es sin embargo el mismo, en la estrofa y en la vida. La corte ríe de sus ocurrencias, celebra y recita sus versos, los grandes le miran con simpatía y aún el mismo monarca de corazón muelle y vida atareada por fiestas y monterías, le acoge con auspicio. Góngora no explota como pudiera tales ventajas. Porque a pesar de toda su admiración por los poetas, la Corte favorece solo después de las adulaciones, los encorvamientos y las intrigas. D. Luis va hacerse desde aquí poeta cortesano sin jugar en ello su dignidad ni su orgullo. Mal le va ir de cortesano en

consecuencia. Su ascenso es dificultoso y lento, las mercedes que recibe son insignificantes. El poeta por otro lado no siente grandes apremios en aquella época. Tiene su canongía de Córdoba y a ella regresa tranquilamente.

El racionero jubila en 1611 y el puesto pasa a otro sobrino de la familia. D. Luis está libre. El subalterno reconvenido se siente dueño de todo su tiempo. Para la obra artística el deber prosaico debió ser una traba continua. El Cabildo no sólo se servía del hombre de letras para desempeños literarios, sino sobrecargaba al hombre de sentido práctico, al buen hacendista, al diligente apoderado judicial. Resulta de este modo paradójica su importancia en el Cabildo: un hombre que manejó sin tino los asuntos de la propia hacienda, es reputado buen administrador de la agena. Extraño milagro de la vida, de sus necesidades. Góngora en la tregua sin término que le daba ahora la Bula Pontificia debió mirar con gran cariño su trabajo de arte. Recorrió sin duda todo lo cumplido: lo halló deficiente, pobre, exiguo. Pensó entonces en la superación, en la abundancia. Acaso a este estado de alma corresponde el febril aceleramiento del cultismo. No trato de hacer un apunte original. Admiro y sufrago todas las explicaciones eruditas sobre las influencias que con tanta casualidad debieron inducir al poeta en este momento. Creo no obstante — como trato de substanciarlo en otro acápite — que el Polifemo y la primera Soledad no señalan una revolución sino el punto crítico de una evolución que arranca desde el primer romance y el primer soneto. La lectura de los libros de Carrillo considero que fueron simples accidentes, con importancia más aparatosa que profunda. «Quizá precipitaron una descarga acumulada, largamente en potencia. Al racionero liberado de la contabilidad y el horario, al triste de tantos años sin obra perfecta, a su parecer exigentísimo, achaco yo este empecinamiento heroico, esta tortura sacrificial que va dar el más interesante concentrado estético de la Literatura Castellana.

De la Huerta de Don Marcos, cerca de Córdoba, donde reposaba fatigas de veintiséis años, envió D. Luis a Madrid sus versos culteranos a Andrés de Mendoza. El entusiasta, el entrometido, el inquieto Andrés de Mendoza esparce las Soledades por todo Madrid. Es, según Lope, uno de aquellos varones que sin ser literatos, viven en ambiente literario, participan de los cenáculos y son familiares de los escritores "El tal es paraninfo de los predicadores, el que duerme en las celdas y lleva las cédulas a los pulpitos, el que anda en los coches de los señores, conoce todas las damas, oye todas las comedias entre los poetas, es qualificador de los sermones, consultor de los sonetos, embajador de su señoría la discreción en esta corte, agente de la puerta de Guadaluza y Mercurio de las nuevas y sátiras deste Reyno". Extrañas vidas sin obra para la crítica, merecen estas los honores de las biografías es-

pléndidas. Mendoza por su actividad, por su cultura, por su escándalo, fué a no dudarlo el mejor portavoz de la nueva manera. El mar se revuelve de inmediato. Rugen y se dan encontronazos las olas de la opinión y los amigos prudentes advierten a Góngora en cartas deliciosas de ingenuidad y de cautela, cuanto daño le está haciendo este Mendoza "que es como la estatua de Roma, a cuya cara fija V. M. de noche los papeles que quiere que lea toda la corte de día", y que se dá una **excesiva** jactancia "de entender lo que V. M. escribió".

El propio Góngora vine a Madrid, definitivamente, en 1617. Cuéntase que el Conde de Villamediana le envió su litera. Es su viejo admirador y amigo y se vincularán más aún en las vicisitudes literarias y cortesanas de Madrid. A los pocos meses obtiene la Capellanía del Rey y toma órdenes mayores para servirla. El capellán del rey vive los años más dramáticos de su existencia, sufrimientos morales y físicos de la vejez, pobrezas, infidelidad de su familia, egoísmo de los poderosos. Su casa es visitada por los grandes ingenios y los grandes políticos, su auge intelectual crece tanto como decae su hacienda. El epistolario de diez años tan vivo de estilo como de sal y donaire, tiene esta franja emocionante de sus cartas con el administrador, hombre juicioso que niega adelantos, rechaza propuestas de hipoteca y de ventas y atiende con solicitud pero con parquedad las angustias del cortesano. Los padecimientos son terribles, hay oportunidad en que su gran figura, a cuyo alrededor giran muchos negocios decorativos, como las fiestas de recepción al rey que vuelve de Portugal, sufre desmedro doloroso con las deudas que le agobian, con el coche que tiene un tiro de jamelgos ya tan escualidos que sólo sale de noche "V. M. sabe lo que es Madrid y quien es don Luis de Góngora a los ojos de estos señores" escribe al sórdido Cristóbal de Heredia. Empero más atina a desbaratar sus rentas de Córdoba que a medrar del Tesoro Real. Su amistad con algunos nobles le da opción de postular y postula, más beneficios honorarios. Hábitos de Santiago para los de su sangre que prebendas de lucro. Además sabe caer con los palaciegos a quienes se ha unido en amistad y política cortesana. Se conduele del abandono en que ha quedado la viuda del Marqués de Siete Iglesias, muerto en el cadalso, y escribe en su memoria un soneto necrológico. Lamenta así mismo la muerte de Villamediana, el atrevido gentilhomme de la reina francesa, asesinado, al parecer, por los celos de Felipe IV, y a quien ha acompañado en los tiempos de privanza como de caída. Con Villamediana colaboró en la organización de la fiesta de Aranjuez, célebre en la historia literaria. Hay que considerar efectivamente de Góngora el prólogo a "La Gloria de Niquea", modelo admirable de cultismo sin enredo formal y que se recitó en aquella fiesta, poco antes que el incendio diera oca-

sión a Villamediana para salvar románticamente en sus brazos a Isabel de Borbón.

La única vez que estuvo decidido a editar fué en 1632, cuando el panorama financiero, negro de amenazas, le urgía muchísimos ducados. Le decía a Heredia "Lo traigo en buen punto la impresión y enmienda de mis borrones que estarán estampados para navidad; porque, señor, fallo, que debo condenar y condeno mi silencio, pudiendo valerme dineros y descanso, algunas verguenzas que me costarán las puerilidades que dará el molde". No tenía originales. Jamás guardaba lo que escribía y a Heredia le pide que pague lo que pidan por una colección que le han dicho tiene un aficionado en Córdoba. Su teoría era que los poemas debían salvarse por si mismos, si lo merecían, sin el aprisco de las ediciones. En cuanto el apuro pase, seguramente desecha el proyecto de impresión. Por eso sólo hay un libro de él en 1627, después de su muerte. En vida se libró de aquella su "alguna verguenza" que le costarían sus puerilidades. Esta idea no sólo lo restringió a él mismo, sino a los admiradores furiosos que deseaban editar por su cuenta, y hasta quien hacía llegar su influencia con agradecidas persuasiones.

En 1626, mientras la corte estaba de jornada en Aragón, y ausente con ella sus mejores amigos, el poeta enfermó de la cabeza gravemente. Salvó de sus ataques pero le quedó parálisis por algún tiempo y amnesia casi total. Mejorado marchó a buscar el buen clima de Córdoba. Murió en Córdoba el 23 de Mayo de 1627.

Biblioteca de Letras  
«Jorge Puccinelli Converso»

### GUIA DEL POLIFEMO

Agrego en calidad de apéndice al presente trabajo una Versión en Prosa del Polifemo. El original para esta versión ha sido tomado de la primera edición de García Coronel, Madrid 1636, volumen perteneciente a la colección del Dr. Raúl Porras Barrenechea.

### VERSION EN PROSA DEL POLIFEMO

... Otra parte es la explicación en que se descifra la sentencia que en su poesía está bien retirada... pues aquellos misterios no se revelan fácilmente a los profanos de esta profesión.

Don Yusepe Antonio González de Salas. En Madrid, el 28 de Abril de 1635 años.

Estas que me dictó rimas sonoras  
cultas si aunque bucólica Thalia  
Oh excelso Conde! en las purpúreas horas  
que es rosa el alba y rosicler el día:  
ahora que de luz tu Niebla doras,  
escucha al son de la zampona mía,  
si ya los muros no te ven de Huelva,  
peinar el viento y fatigar la selva.

Escucha, ¡oh excelso Conde de Niebla! estas rimas que me ha dictado Thalia, musa pastoril, en las horas purpúreas del alba, cuando el día se colora de rosicler: pon atención a mi égloga ahora que estás llenando de luz con tu presencia —a Niebla, tu villa, tal el sol que la disipa— si es que no te encuentras en son de caza cerca de los muros de Huelva, peinando el viento con sus halcones y venablos y fatigando la selva con la muerte que cae sobre las bestias salvajes.

Templado pula en la maestra mano,  
el generoso pájaro su pluma,  
o tan mudo en la alcándara que en vano  
aun desmentir el cascabel presume:  
Tascando haga el freno de oro cano  
del caballo andaluz la ociosa espuma,  
gima el lebrél en el cordón de seda  
y al cuerno en fin la cítara suceda.

Va a suceder la cítara, al cuerno, la poesía a la caza, y así es preciso que el pájaro templado o entrenado para el deporte cetrero se quede tranquilo en la mano del cazador pufiendo con el pico sus plumas o mudo en la alcándara o percha especial de los halcones tratando, aunque el intento sea vano, de que no suene ni aún su cascabel. A igual modo, deténgase el soberbio caballo andaluz llenando de espuma el freno de oro y gima nervioso por partir a la carrera el lebrél cazador, contenido por un cordón de seda.

Treguas al ejercicio sean robusto  
ocio atento, silencio dulce, en cuanto  
debajo escuchas de dosel augusto  
del músico Jayán el fiero canto:  
que si la mía puede ofrecer tanto,  
clarín y de la fama no segundo,  
tu nombre oirán los términos del mundo.

Sean dadas así treguas al robustecedor ejercicio y venga un ocio atento, un silencio lleno de dulzumbre en cuanto escuches bajo el dosel augusto de los cielos el centro fiero que entone Polifemo jayán o gigante músico: alterna así el gusto por el sport de la caza con el gusto poético y mi musa transformada en el primer clarín de la fama, al decir canción a tí dedicada, hará que tu nombre lo oigan todos los términos del mundo.

Donde espumoso el mar siciliano  
el pié argenta de plata el Lilibeo  
bóveda de las fraguas de vulcano,  
o tumba de los huesos de Tifeo:  
pálidas señas cenizoso un llano,  
cuando no del sacrílego deseo  
del duro oficio da, allí una alta roca,  
mordaza es a una gruta de su bcca.

Donde espumoso el mar calza de plateada espuma el pié del promontorio llamado el Lilibeo, en Sicilia o sea la isla que por tener al volcán Etna bien merece ser llamada bóveda de las fraguas de Vulcano y que es al mismo tiempo la tumba que los dioses señalaron a Tifeo que se atrevió a combatirlos: allí un cenizoso llano da señas, sino del deseo sacrílego y deicida de los gigantes, por lo menos del duro oficio de Vulcano y una alta roca es mordaza o tapia en la entrada de una gruta.

Guarnición tosca del escollo duro,  
truncos robustos son, a cuya greña,  
menos luz debe, menos aires puro  
la caverna profunda, que a la peña  
caliginoso lecho, el seno oscuro  
ser de la negra noche nos lo enseña  
infame turba de nocturnas aves,  
gimiendo tristes y volando graves.

Unos árboles de fronda desgreñada son tosca defensa de la roca y a su espesura debe la caverna más sonibra y aire enrarecido que a la peña, lecho caliginoso o de la tinieblas y así resulta negra la noche en el seno oscuro de la gruta como lo demuestra la presencia de una infame turba de aves nocturnas, que gimen con tristeza y vuelan pesadamente.

De este, pues, formidable de la tierra  
bostezo, el melancólico vacío,  
al Polifemo horror de aquella Sierra  
bárbara choza es, albergue umbrío.  
Y redil espacioso, donde encierra

cuantas las cumbres áspero cabrió  
de los montes esconde, copia bella  
que un silbo junta y un peñasco sella.

De este formidable bostezo de la tierra vacío melancólico, ha hecho Polifemo, horror de aquella sierra, su bárbara choza, su albergue umbrío. Y también redil espacioso para encerrar a toda la multitud o copia bella de cabras que tapan o esconden las cumbres de los montes y que él reúne con un silbo y encierra o sella con un peñasco.

Era un monte de miembros eminente  
este que de Neptuno hijo fiero  
de un ojo ilustra el orbe de su frente,  
émulo así del mayor lucero:  
cíclope a quien el pino más valiente  
bastón le obedecía tan ligero,  
y al grave paso junco tan delgado  
que un día era bastón y otro cayado.

Este fiero hijo de Neptuno es un monte eminente de miembros e ilustra o decora la magnífica redondez de su frente con un solo ojo pero tan grande y brillante que resulta émulo del mayor brillante: cíclope gigante a quien el pino más robusto y alto le obedece de ligero bastón volviéndose cuando se apoya en él un delgado junco. A Polifemo le sirve a veces de bastón y a veces de cayado.

Negro el cabello, imitador undoso  
de las oscuras aguas del Leteo,  
al viento que lo peina proceloso,  
vuela sin orden, pende sin aseó.  
Un torrente es su barba impetuoso,  
que adulto hijo de este Pirineo  
su pecho inunda, o tarde, o mal o en vano  
surcada aún de los dedos de su mano.

Negro es su caballo que imita en el color y en la undosidad a las aguas del Leteo, río infernal de corriente oscura y torrentosa y entregado al viento que lo peina procelosamente vuela en desorden, cae sin gracia. Su barba es torrente impetuoso que como hijo de este ser montuoso, de este Pirineo, inunda su pecho en forma que no atinan a componer nunca los dedos de su mano, que siempre la surcan.

No la Trinacria en sus montañas fiera  
armó la crueldad, calzó de viento,  
que redima feroz, salve ligera

su piel manchada de colores ciento:  
Pellico es ya la que en los montes era  
mortal horror al que con paso lento  
los bueyes a su albergue reducía  
pisando la dudosa luz del día.

Sicilia o la Trinacria que así se le llamó por sus tres promontorios (Lilibeo, Pachino y Peloro) no armó jamás a sus fieras de crueldad, o les dió velocidad de viento en su carrera, tantas, como para que redimiesen feroces o salvaran ligeras sus pieles multicolores, es decir, sus propias vidas: Polifemo ha hecho su pellico con la piel de la fiera que era horror mortal de los labradores, sobre todo al tiempo en que con paso lento conducían sus bueyes al albergue, a la luz ya dudosa (crepuscular del día).

Cercado es, cuanto más capaz, más lleno  
de la fruta el zurrón, casi abortada,  
que el tardo Otoño deja al blando seno  
de la piadosa yerba encomendada.  
La serva, a quien le da rugas el heno,  
la pera de quien fué cuna dorada  
la rubia paja, y pálida tutora  
la niega avara y pródiga la dora.

Porta Polifemo un zurrón enorme lleno de fruta en cantidad aun mayor que la que el tamaño es capaz, un verdadero cercado o huerto de fruta, fruta casi abortada o a punto de madurar, de aquella que el tardo Otoño encomienda al seno blando de la piadosa yerba para que termine de cuajarla, según costumbres españolas de recoger cierta clase de frutas antes de que maduren totalmente en el árbol, para conseguirlo entre pajas. Tal como sucede con la serva cuya madurez se conoce por las arrugas que le da el heno y con la pera que también se acuna en la paja que como pálida tutora la niega avaramente mientras la va dorando.

Erizo el zurrón de la castaña  
y entre el membrillo o verde, o datilado,  
de la manzana hipócrita, que engaña,  
a lo pálido no, a lo arrebolado:  
Y de la encina honor de la montaña,  
que pabellón al siglo fué dorado,  
el tributo, alimento aunque grosero  
del mejor mundo, del candor primero.

Erizo es el zurrón porque lleva muchas castañas semi-maduras



que por estarlo tienen su cáscara llena de espinas. Y es también erizo el zurrón porque se lleva el membrillo o verde, o de color datilado y la manzana ya que el mismo nombre de erizo tiene un animal terrestre hurtador de fruta, especialmente de manzanas, de manzanas engañosas porque a veces nos tientan con sus colores y están interiormente podridas, lo que sucede no cuando son pálidas sino arreboladas: y es erizo también el zurrón porque se lleva el fruto de la encina, honor de la montaña, pabellón que fué de la dorada edad en que el hombre todavía no construyera viviendas y alimento aunque muy simple de aquel mundo mejor, de aquella primera inocencia en que muchas generaciones se sustentaron con sus bellotas.

Cera y cáñamo unió, que no debiera,  
cien cañas cuyo bárbaro ruido  
de más ecos que unió cáñamo y cera  
albogue es duramente repetido.  
La selva se confunde, el mar se altera,  
rompe tritón su caracol torcido,  
sordo huye el bajel a vela y remo,  
tal las músicas de Polifemo.

Con cera y cáñamo Polifemo construyó su instrumento musical, para lo que empleó cien cañas, que no debiera haber exagerado tanto.

Estas cañas hicieron bárbaro ruido y sus ecos —ecos unidos por la caña y la cera del instrumento— decían con firmeza, dura y repetidamente, que se trataba de un albogue. Se confunde la selva al escuchar las músicas del cíclope, el mar se altera. Tritón rompe su torneado caracol, tal vez de envidia, talvez por acallar la música con el ruido, tal vez por apresuramiento en arrear a oír, y el bajel en que está el hombre de oído armonioso huye a toda vela y remo.

Ninfa, de Doris hija la más bella  
adora que vió el reino de la espuma,  
Galatea es su nombre y dulce en ella  
el terno Venus de sus gracias suma:  
Son una y otra luminosa estrella  
-lucientes ojos de su blanca pluma,  
su roca de cristal no es de Neptuno,  
pavón de Venus, cisne de Juno.

Nuestro músico adora a una ninfa, hija de Doris, la más bella que vió el reino de la espuma. Su nombre es Galatea y Venus resume en ella el hechizo de sus tres Gracias o asistentes, Eufrosina que simboliza la alegría, Aglaya que simboliza la juventud y Thalía que simboliza la hermosura resplandeciente. Sus dos ojos son una y otra luminosa es-

trella, brechas lucientes que fueron sobre un plumaje blanco, suponiendo que la ninfa no sea roca cristalina de Neptuno sino pavón de Venus, aquella ave cuya pluma parece estar llena de coloreadas pupilas pero que en consideración a la blancura del cuerpo de Galatea no fuese de color oscuro sino nevado como el cisne de Juno.

Purpúreas rosas sobre Galatea  
el alba entre lirios cándidos deshoja  
duda el amor cual su color sea,  
o púrpura nevada o nieve roja.  
De su frente la perla es Eritrea,  
émula vana, el ciego Dios se enoja  
y condenando su esplendor la deja  
pender en oro el nácar de su oreja.

Rosas purpúreas deshoja el alba sobre el rostro de Galatea que es como formado de lirios y tan perfectamente se unen entre sí las flores que el Amor duda si se trata de púrpura nevada o de nieve enrojecida. Su frente es tan pura que en vano trata de competir con ella la perla del mar Eritreo. El Dios ciego o sea el amor, se enoja contra la perla por su fracasada ambición de emular a la ninfa, y condenando su esplendor la deja pender engarzada en oro de nácar de la creja de Galatea.

Envidia de las ninfas y cuidado  
de cuantas honra el mar, deidades era,  
Pompa del marinero niño alado,  
que sin fanal conduce su venera:  
verde el cabello, el pecho no escamado,  
ronco sí, escucha a Glauco la ribera  
inducir a pisar la bella ingrata,  
en carro de cristal campos de plata,

Es Galatea envidia de las ninfas y cuidado o preocupación amante de todos los dioses que son honra del mar, como también es suntuosidad o pompa del niño amor marinero por su madre que procede del mar y que conduce su concha o venera sin fanal alguno: Glauco es una de esas divinidades que aman a Galatea. Tiene el cabello verde por estar coronado de verdes ramos y el pecho sin escamas. La ribera lo escucha invitar con voz ronca a Galatea, bella ingrata, a que deje la playa para que en carro de cristal recorra los campos de plata u océidas de sus dominios.

Marino joven las cerúleas sienas  
del más tierno coral ciñe Palemo,  
rico de cuantos la agua engendre bienes,

del faro odioso, al promontorio extremo.  
Más en la gracia igual si en los desdenes  
perdonado algo más que Polifemo  
de la que aún no le oyó y calzada plumas  
tantas flores pisó como él espumas.

Cine con el más tierno coral sus sienes cerúleas Palemo, joven  
dios marino, rico de cuantos bienes engendra el mar desde la odiosa  
isla de faro, frente a la boca del Nilo, hasta Sicilia, promontorio estre-  
mo. Le concede igual gracia o admiración que a Polifemo, aunque no  
le desdeña tanto, la que aún no le ha oído, Galatea, que calzando sus  
piés de plumas, como mercurio pisa tantas flores en su huída como él  
espumas en la persecución.

Huye la bella ninfa y el marino  
amante nadador, ser bien quisiera  
ya que no áspid a su pié divino,  
dorado como a su veloz carrera:  
Más cual diente mortal? Cuan metal fino  
la fuga suspender podrá lijera  
que el desdén solicita? ¡Oh cuánto yerra  
delfín que sigue en agua corza en tierra!

Huye Galatea y su marino nadador amante quisiera bien ser  
ya que no áspid que mordiera el pié divino de la corredora, inutilizán-  
dolo, como sucedió en alguna fábula antigua, por lo menos dorado po-  
mo o manzana para interponerse en su camino y tentarla a que lo reco-  
giese, ardid que se usó también otra vez en un relato mitológico. Más  
que diente mortal de áspid podría morderla? Que metal fino, que  
fué manzana de oro podría suspender su carrera tan rápida que un sen-  
timiento de desdén va haciendo acelerar? ¡Oh, cuánto yerra el delfín  
que sigue por el agua a la corza que va corriendo por la tierra!

Sicilia en cuanto oculta, en cuanto ofrece  
copa de Baco, huerto de Pomona,  
tanto de frutas ésta la enriquece  
cuanto aquél de racimos la corona:  
en carro que estival trilla parece  
a sus campañas Ceres no perdona,  
de cuyas fertilísimas espigas  
las provincias de Europa son hormigas.

Sicilia en cuanto oculta tras sus cercos y en cuanto fácil brinda ú  
ofrece, tiene una copa de Baco, un huerto de Pomona, pues tanto Po-  
mona la enriquece de frutas por ser la diosa de los huertos como Baco

la corona de racimos, por ser el dios de las vides: en carro que parece una trilla estival, Ceres, la diosa de las mieses nunca deja de visitar la isla, no perdona su visita, haciendo así que sus fertilísimas espigas atraigan a las provincias de Europa como un granero a las hormigas.

A Palas su viciosa cumbre debe  
y aún más su vega llana,  
pues en la una granos de oro llueve  
copas de nieve en la otra mil de lana:  
de cuantos sieguen oro, esquilmen nieve,  
o en pipas guardan la exprimida grana,  
bien sea religión, bien amor sea,  
deidad aunque sin templo es Galatea.

La cumbre abundante de Sicilia debe a la diosa Palas lo que su vega llana debe a Ceres, es decir mucho, pues si en la vega llueven los granos de oro del trigo en la sierra cae la nevada múltiple de la lana: pues todos los que siegan oro, los segadores, y los que esquilan nieve, los pastores, y los que guardan en pipas exprimida grana o mosto, bien sea por sentimiento religioso o simplemente por amor, consideran, aunque sin adorarla en un templo una deidad a Galatea.

Sin aras no que el margen donde para  
del espumoso mar su pié ligero,  
al labrador de sus primicias ara,  
de sus esquilmos es al ganadero:  
de la copia a la tierra poca avara .  
el cuerno vierte el hortelano, entero  
sobre la mimbre que tegió prolija  
si artificiosa no, su honesta hija,

Pero aunque Galatea es deidad sin aras, por no tener templo, cualquier sitio donde pisa a orillas del espumoso mar su ligero es ara donde ofrece sus primicias el labrador y el hortelano sus cuernos llenos con la copia o cantidad de riqueza de aquella poco avara tierra de Sicilia y lo vierte sobre la canastilla de mimbre que tegió sin ningún artificio su honesta hija.

Arde la juventud y los arados  
peinan la tierra que surcaron antes,  
mal conducidos cuando no arrastrados  
de tardos bueyes cual su dueño errantes:  
sin pastor que las silbe los ganados  
los crugidos ignoren resonantes

de las hondas, si en vez del pastor pobre,  
el céfiro no silba o ruge el roble.

Arde la juventud de amor por Galatea y los arados peinan la tierra que ya antes habían surcado, debido a la distracción de los amantes, mal conducidos cuando no arrastrados por los bueyes tardos e inciertos en la ruta cual sus dueños embebecidos: están así los ganados sin pastor que los silbe y sin escuchar los rugidos resonantes de las hondas y antes en vez del pobre pastor, se comide el céfiro que silba y el roble que cruje.

Mudo la noche el can, día dormido  
de cerro en cerro y sombra en sombra yace:  
bala el ganado mísero balido,  
nocturno el lobo de las sombras nace:  
cébase y fiero deja humedecido  
su sangre de uno lo que la otra pace,  
revoca amor los silbos o su dueño  
el silencio del can sigan y el sueño.

Mudo el can durante la noche, duerme de día y va de cerro en cerro a echarse bajo las sombras de todos los árboles que a no cuidar del ganado. El ganado lanza mísero balido y el lobo nocturno sale de las sombras como nacido de ellas, se ceba en el ganado y con fiereza deja humedecido en sangre de una oveja el pasto en que la otra pace. Devuelva Amor al ganado sus silbos, la ecuanimidad a su pastor, o si nó, sigan al pastor el silencio y el sueño de su perro, ya inútil.

La fugitiva ninfa en tanto  
hurta un laurel su tronco al sol ardiente.  
Tantos jazmines, cuanta yerba esconde  
la nieve de sus miembros da a una fuente:  
dulce se queja, dulce le responde  
un ruiseñor a otro y dulcemente  
al sueño de sus ojos la armonía  
por no observar con tres soles el día.

En tanto Galatea está fugitiva, donde un laurel hurta al sol, salva del sol ardiente su propio tronco mediante la frondosidad de su ramaje. Da a la fuente tantos jazmines cuanta yerba era capaz de esconder mientras permanecía echada a la orilla la nieve de su cuerpo; dulcemente se queja un ruiseñor a otro y dulcemente la armonía entrega sus ojos al sueño por no abrasar el día con tres soles, es decir con el del Cielo y con los de los ojos de Galatea.

Salamandra del sol vestido estrellas,  
latiendo el can del cielo estaba cuando  
polvo el cabello, húmidas centellas  
sino ardientes aljófares sudando  
llegó Acis y de ambas luces bellas  
dulce Occidente viendo al sueño blando  
su boca dió cuanto pudo  
al sonoro cristal, al cristal mudo.

El can del cielo o sea la Constelación de Cáncer, late en el firmamento, mientras el sol entra en su zona (canícula) y queda como una salamandra, con el cuerpo cubierto de estrellas. En ese momento llega Acis lleno el cabello de polvo, sudando húmedas estrellas si ya las gotas de su sudor no eran aljófares ardientes. Vió Acis que los dos ojos de Galatea sus dos soles o luces bellas estaban en el dulce occidente del sueño blando y dió su boca al cristal del agua, bebiendo en una fuente, y enseguida la dió al cristal de la ninfa, besándola mientras dormía.

Era Acis un venablo de Cupido,  
de un fauno medio hombre, medio fiera,  
en Simetis, hermosa ninfa habido,  
gloria del mar, honor de la ribera.  
El bello Imán, el ídolo dormido,  
que acero sigue, ídolatra venera:  
rico de cuantos el huerto ofrece pobre,  
rinden las vacas y fomenta el roble.

Acis era un pastor siciliano tan bello que por sí mismo constituía un venablo de Cupido tal sometía y flechaba a las almas inmediatamente, hijo de un fauno medio hombre, medio fiera, y de la ninfa Simetis, gloria del mar y honor de sus playas. Su bello imán era Galatea, la ninfa que lo atraía, deidad que duerme mientras él la contempla y a quien sigue como el acero al imán y venera como el creyente al ídolo: así él ofrenda a sus aras, rico, todo cuanto su huerto le ha dado hasta quedarse pobre, la leche y quesos de sus vacas y la miel de las avejas cuyo panal fomenta en sus resquebrajaduras el roble.

El celestial humor recién cuajado  
que la almendra guardó entre verde y seca  
en blanca mimbre se lo puso al lado,  
y un poco en verdes juncos de manteca:  
un breve corcho pero bien labrado  
un rubio hijo de una encina hueca  
dulcísimo panal a cuya cera  
su néctar vinculó la primavera.

Acis ofreció a Galatea en un canasto de mimbre blanco almendras recién cuajadas es decir llenas del humor celestial que estos frutos tienen cuando están en sazón, ni verdes ni secos: en verdes juncos también le ofreció un poco de manteca o crema de leche: en un breve trozo de corcho muy bien labrado le ofreció asimismo un dulcísimo panal, hijo rubio de una encina hueca, tan dulce que parecía llevar su cera néctar primaveral.

Caluroso al arroyo de las manos  
y con ellas las ondas a su frente  
entre dos mirtos que de espuma canos  
dos verdes garzas son de la corriente:  
vagas cortinas de volantes vanos  
corrió Favonio lisonjeramente,  
a la de viento cuando no sea cama  
de frescas sombras, de menuda grama.

Caluroso Acis penetra las manos en el agua del arroyo y llevándose al rostro de frescor a su frente en un sitio en que dos mirtos que emergen del agua encanecen con la espuma de la corriente y dan la apariencia de dos verdes garzas: Favonio, lisonjeramente, corre las cortinas del lecho de Galatea —lecho pastoril— cortinas que son como volantes vanos o tocas ligerísimas, ya que aunque las cortinas de esta cama no eran de viento, eran sólo de frescas sombras de menuda grama.

Biblioteca de Letras  
Jorge Baccinelli Casarso

La ninfa pues la sonora plata  
bullir sintió del arroyuelo apenas  
cuando a las verdes margenes ingrata  
seguir se hizo de sus azucenas:  
huyera más tan frío se desata  
un temor perezoso por las venas,  
que a la precisa fuga, al presto vuelo,  
grillos de nieve fué, plumas de hielo.

Corridas las cortinas, sintió apenas la ninfa bullir la sonora plata del arroyuelo, cuando levantándose para huir, ingrata, las verdes márgenes, se hace seguir de sus azucenas o de los silejos níveos como azucenas que su cuerpo producía en el agua quiere huir, pero un temor frío le invade por las venas, tornándola perezosa, es decir inepta para la carrera. Este temor equivale a grillos para su marcha, a plumas he-ladas para su vuelo.

Frutas en mimbre halló, leche exprimida,  
en juncos, miel en corchos, más sin dueño  
si bien al dueño debe agradecida

su deidad culta, venerado el sueño:  
a la ausencia mil veces ofrecida  
esto de cortesía no pequeño  
indicio la dejó aunque estaba helada  
más discursiva y menos alterada.

Habiéndose detenido Galatea halló cerca de sí fruta en mimbres o canastas, leche exprimida o mantequilla en juncos, miel en corcho, más sin dueño, si bien debe su deidad agradecida al dueño de aquellas cosas el sueño tranquilo, venerado, que ha tenido: a su deseo de huír, de buscar la ausencia mil veces ofrecida en sus ansias, este indicio no pequeño de cortesía la dejó, aunque estaba helada por el temor, más discursiva, más serena, menos alterada.

No al cíclope atribuye, no, la ofrenda  
no al sátiro lascivo ni a otro feo  
morador de las selvas, cuya rienda  
el sueño aflija, que aflojó el deseo:  
el niño dice entonces de la venda,  
ostentación gloriosa, alto trofeo,  
quiere que al árbol de su madre dea  
el desdén hasta allí de Galatea.

No atribuye Galatea la ofrenda al cíclope Polifemo ni tampoco al sátiro lascivo ni a otro feo morador de las selvas cuyo apetito fué contenido o afligido por su dueño que le sirvió de rienda como de alojamiento le sirvió el deseo: el niño de la venda, Amor, quiere que el desdén que Galatea ha demostrado hasta allí sea un alto trofeo, una ostentación gloriosa del árbol de su madre, del mirto, a cuyos piés está Acis.

Entre las ramas del que más se lava  
en el arroyo mirto levantado,  
carcaj de cristal hizo, fina aljaba  
su blanco pecho de un arpón dorado:  
el monstruo de rigor, la fiera brava  
mira la ofrenda ya con más cuidado  
y aún siente que a su dueño sea devoto,  
confuso alcaide más, el verde soto.

Entre las ramas del mirto levantado que se lava o se hunde más en el arroyo se situó el amor e hizo del blanco pecho de Galatea un carcaj o aljaba de cristal pues le lanzó un arpón dorado; herida de amor, mira ya con más cuidado la ofrenda aquella hasta hace poco verdadera fiera brava, monstruo de rigor por sus desdenes y aun siente que el ver-



de soto sea su confuso aunque devoto alcaide, guarde por más tiempo a tan cortés galán.

Llamáralo aunque muda, más no sabe  
el nombre articular que más quisiera  
ni lo ha visto si bien pincel suave  
lo ha bosquejado ya en su fantasía:  
al pié no tanto ya del temor grave  
fia su intento y tímida en la umbría  
cama de campo y campo de batalla  
fingiendo sueño el cauto garzón halla.

Llamara Galatea a Acis aunque todavía está muda por la turbación más no sabe articular el nombre que más querría, ni lo ha visto, si bien un suave pincel lo ha bosquejado ya en su fantasía: al pié menos pesado por el temor que le aprisionaba, fía su intento y tímida aunque no tanto como antes halla al cauto garzón que se encuentra fingiendo sueño en su umbrosa cama de campo o campo de batalla, pues su corazón libra ruda batalla de amor. Galatea vió el bulto del cuerpo de Acis y creyéndolo efectivamente dormido se mantuvo queda en un pié haciendo pensar sobre él todo su cuerpo bárbara o rústica, sin entender el silencio falso de Acis que está llena de retórica o expresividad que la ninfa no entienda.

Biblioteca de Letras  
«Jorge Puccinelli Converso»  
El bulto vió y haciéndolo dormido  
librada en un pié toda sobre él pende  
urbana al sueño, bárbara al mentido  
retórico silencio que no entiende:  
ni el ave reina así el fragoso nido  
corona inmóvil, mientras no descende  
rayo con plumas el milano pollo  
que la eminencia abriga de un escollo.

Tal el ave reina, el águila, permanece atenta desde su fragoso nido que corona inmóvil mientras no descende como rayo con plumas sobre el milano pollo que está observando desde su nido, como ya digimos, que se encuentra al abrigo de un escollo en la eminencia de una roca.

Como la ninfa bella compitiendo  
con el garzón dormido en cortesía  
no solo para, más él dulce estruendo  
del lento arroyo enmudecer querría,  
a pesar luego, de las ramas viendo  
colorido el bosquejo, que ya había

en su imaginación cupido hecho  
con el pincel que le clavó en el pecho.

Compitiendo en cortesía la bella ninfa con el garzón dormido, ya que él también había sido respetuoso adorante de su sueño, no solamente no se mueve para no hacer el menor ruido sino aún el nimo y dulce estruendo del lento arroyo lo quisiera enmudecer. A pesar de las ramas que se interponen contempla el rostro de Acis, el mismo colorido bosquejo que ya en su imaginación había hecho cupido, valiéndose a manera de pincel, del arpón que le clavó en el pecho.

De sitio mejorada, atenta mira  
en la disposición robusta aquello  
que si por lo suave no la admira  
es fuerza que la admire por lo bello:  
del casi tramontado sol aspira  
a los confusos rayos su cabello,  
flores su bozo cuyos colores  
como duerme la luz niegan las flores.

Mejorada de sitio, para más claramente contemplar, mira atentamente en la disposición robusta o hermosura robusta del rostro de Acis, su boca, que si por lo suave la admira, pues no escucha su blanda voz, es fuerza que la admire por su belleza: su cabello aspira a competir con los confusos rayos del sol, casi tramontado, su bozo es parecido a las flores, pero sus colores no se distinguen, pues está dormida la luz de sus ojos.

«Jorge Puccinelli Converso»

En la rústica breña yace oculto  
el áspid del intenso prado ameno,  
antes que del peinado jardín culto  
en el pascivo regalado seno:  
en lo viril desata de su bulto  
lo más dulce el amor de su veneno,  
bébelo Galatea y de otro paso  
por apurarle la ponzoña al vaso.

En la rústica greña del intenso prado ameno, yace oculto el áspid, aquí, mucho antes que en seno lascivo y regalado del jardín culto, peinado: en lo magnánimo, en lo fuerte de su bulto, desata el amor lo más dulce de su veneno: bébelo Galatea y da otro paso para apurarle a Acis la ponzoña del recipiente.

Acis aún más de aquello que dispensa  
la brújula del sueño vigilante,  
alterada la ninfa esté o suspensa

Argos es siempre atento a su semblante,  
lince penetrador de lo que piensa,  
cíñalo bronce o mírelo diamante  
que en sus Paladiones Amor ciego  
sin romper muros introduce fuego.

Acis ve aún más de lo que le permite la brújula o brecha por donde atizba su sueño vigilante que no es sueño sino vigilia, ya se encuentra la ninfa moviéndose o detenida porque así resulta como Argos que tenía cien ojos. Visiona constantemente su semblante, es un lince penetrador de su pensamiento así se mure este de bronce o diamantes que amor ciego introduce sus fuegos o luces sin romper muros, valiéndose de sus Paladiones ya que Paladión se llama el caballo con que los griegos introdujeron, sin romper muros en la ciudadela de Troya.

El sueño de sus miembros sacudido  
gallardo el joven la persona ostenta  
y al marfil de sus pies rendido  
el coturno besar dorado intenta.  
Menos ofende el rayo prevenido  
al marinero, menos la tormenta  
prevista le turbó o pronosticada:  
Galatea lo diga salteada.

Gallardamente ostenta su persona el joven, sacudido de sus miembros del pesado sueño y postrándose luego al marfil de sus pies, intenta besar el dorado coturno. Menos ofende o sobresalta el rayo que se previene antes que llegue y menos le turbó al marinero la tormenta que vió antes que llegase que a Galatea le turbó o sorprendió el asalto que Acis había dado a su libertad.

Más agradable y menos zahareña  
al mancebo levanta venturoso  
dulce ya concediéndole risueña  
pases no al sueño, tregas sí al reposo.  
Lo cóncavo hacía de una peña  
a un fresco sitio dosel umbroso  
y verdes celosías, unas yedras  
trepando troncos y abrazando piedras.

Más agradable, menos esquiva al mancebo levanta venturoso, dulce ya, concediéndole risueña ya no paces para su sueño sino treguas para su vigilia. Lo cóncavo de una peña hacía dosel umbroso a un fresco sitio y una yedras que trepaban por los troncos y se abrazaban a las piedras, y hacían de celosías verdes.

Sobre una alfombra que imitara en vano  
el tirio sus matices, si bien era  
de cuantas flores ya hiló gusano  
y artífice tejió la primavera  
reclamados al mirto más lozano  
una y otra la selva, si lijera  
paloma se caló, cuyos gemidos  
(trompas de Amor) alteran los oídos.

Reclinados los dos amantes sobre una alfombra cuyos matices jamás podrían imitar los hilanderos de Tiro ya que era dechado de cuantas flores la primavera hiló como gusano de seda y tejió como artífice. Se calaron al mirto más lozano dos palomas lascivas aunque lijeras, cuyos gemidos o arrullos eran como trompas de Amor, emocionaban, alteraban los oídos.

El ronco arrullo al joven solicita  
más con desvíos Galatea suaves  
a su audacia los términos limita  
y el aplauso al consenso de las aves:  
entre las ondas y la fruta imita  
Acis al siempre ayuno en penas graves  
que tanta gloria infierno don no breve  
fugitivo cristal, pomos de nieve.

El ronco arrullo de las palomas, al joven provoca, solicita deseos, pero Galatea con suaves desvíos, limita los términos de su osadía no le concede todo lo que su audacia pretende y a las aves también les limita su aplauso a un concenso discreto, pues ellas quisiera motivo para celebrar más a punto las victorias del amor. Acis imita entre las ondas y la fruta al que está siempre ayuno entre las penas graves, al sufrido Tántalo, que tanta gloria como Acis tenía al lado de Galatea con el fugitivo cristal y los pomos de nieve de su cuerpo, se trocaba en infierno no breve.

No a las palomas concedió Cupido  
juntar de sus dos picos los rubíes,  
cuando al clavel el joven artevido  
las dos hojas le chupa carmesíes:  
cuantas produce Paño, engendra Gnido  
negras violas, blancos alhelíes  
llueven sobre el que Amor quiere que sea  
tálamo de Acis ya y de Galatea.

No bien concedió Cupido a las palomas juntas el rubí de sus dos picos cuando el clavel de la boca de Galatea le chupa las dos hojas carmesíes el atrevido joven, que la besa, cuantas violas produce Pafo y cuantos alhelíes produce Gnido lleven sobre el campo aquel que Amor desca como tálamo de los novios.

Su aliento humo, sus relinchos fuego,  
si bien su freno espumas, ilustraba  
las columnas Eton que erigió el griego  
do el carro de la luz sus ruedas lava  
cuando de Amor el fiero jayán ciego  
la cervíz le oprimió a una roca brava  
que a la playa de escollos no desnuda  
linterna es ciega y atalaya muda.

Era la hora en que se pone el sol por occidente, por las columnas de Hércules, y en que Eton, uno de los caballos del celeste carro, vuelve su aliento humo, su relinchó fuego, al par que sirve de decoración que lustra las columnas, a cuyos pies el carro del sol lava sus ruedas, cuando el ciego gigante fiero de amor oprimió la cabeza de una roca brava que era de aquella playa no desnuda de escollos como linterna ciega y atalaya muda.

Arbitro de montañas y riberas  
aliento dió en la cumbre de la roca  
a los albugues que agregó al cera  
el prodigioso fuelle de su boca,  
la ninfa los oyó y ser más quisiera  
breve flor, yerba humilde, tierra poca,  
que de su nuevo tronco vid lasciva  
muerta de amor y de temor no viva.

Arbitro de la montaña y la playa, Polifemo dió aliento a los albugues que agregó la cera, mediante el fuelle prodigioso de su boca. La ninfa oyó los albugues y antes quisiera ser breve flor, yerba humilde, tierra poca, que no vid lasciva trenzada al tronco de su nuevo pretendiente, muerta de amor por Acis y no viva de temor ante Polifemo.

Más (cristalinos pámpanos sus brazos)  
Amor la implica, si el temor la anuda  
al infelice olmo que pedazos  
la segur de los celos hará aguda,  
las cavernas en tanto, los ribazos,  
que ha prevenido la zampona ruda,

estruendo de la voz culmina luego  
referirlo Piérides os ruego.

Mas si el temor anuda o embaraza a Galatea, Amor la enreda al olmo infeliz, siendo pámpanos cristalinos sus brazos, al cual olmo hará pedazos la segur de los celos de Polifemo. En tanto Galatea se abraza a Acis, temerosa, las cavernas y los ribazos que ha prevenido la ruda zampona del cíclope se fulminan con el estruendo de su voz, como podrían referirlo las musas Piérides, diosas de la montaña, a ruego del poeta.

—¡Oh suave Galatea, más suave  
que los claveles que trocó la aurora,  
blanca, más, que las plumas de aquel ave  
que dulce muere y en las aguas mora,  
igual en pompa al pájaro que grave  
su manto azul de tantos ojos dora  
cuantos al celestial záfiro estrellas,  
oh tú, que en dos incluyes las más bellas.

—Oh! bella Galatea, comienza el Cíclope su canto, más suave que los claveles que se cortaron a la aurora, más blanca que las plumas del cisne, el ave que muere dulcemente, cantando y vive en las aguas, eres igual en pompa al pájaro que grave dora su manto de tantos ojos, al pavo real, que parece tener pupilas sobre su plumaje como el cielo estrellas, Oh! Galatea, te pareces a él tú, que en dos pupilas incluyes las dos más bellas luminarias del firmamento.

Deja las ondas, deja el rubio coro  
de las hijas de Tetis y el mar vea  
cuando niega la luz un carro de oro  
que en dos la restituye Galatea:  
pisa la arena, que en la arena adoro  
cuantas el blanco pié conchas platea  
cuyo bello contacto puede hacerlas  
sin concebir rocío parir perlas.

Deja las ondas del mar y el rubio coro de sus hijas, y ve el mar que si un sol niega ya la luz en los dos soles de sus ojos, la restituye Galatea: pisa la arena playa que en ella adoro todas las conchas que platea tu blanco pié con sólo tocarlas y hace que a tan bello contacto generen perlas sin concebir rocío.

Sorda hija del mar cuyas ovejas  
a mis gemidos son rocas al viento  
o dormida te hurten mis quejas,

purpúreos troncos de corales ciento:  
o al disonante número de almejas,  
marino, sí, agradable no, instrumento,  
coros tegiendo estés, escucha un día,  
mi voz por dulce cuando no por mía.

Sorda hija del mar, cuyas orejas son para mis gemidos como rocas a la palabra del viento, o estando dormidas te hurten a mis quejas, purpúreos troncos de cien corales, es decir, los corales te guarden, mientras yo me quejo; o estés danzando entre ninfas al son de almejas, instrumento aunque marino desagradable, escucha un día mi voz, por su dulzura si no la escuchas porque es mía.

Pastor soy más tan rico de ganados  
que los valles impido más vacíos  
los cerros desaparezco levantados  
y los caudales seco de los ríos,  
no los que de sus ubres desatados  
o derivados de los ojos míos  
leche corren o lágrimas que iguales  
en número a mis bienes son mis males.

Soy pastor, pero tan rico de ganados, que con ellos ocupo e impido los valles más vacíos, desaparezco bajo su mancha los cerros levantados y cuando les doy de beber seco los ríos, no los ríos de leche que brotan de sus ubres ni los que brotan de mis ojos cuando lloro, que igual es mi vida en bienes y males.

Sudando néctar, lambicando flores,  
senos que ignora aún la golosa cabra  
corchos me guardan más que abejas flores  
liba inquieta, ingeniosa labra:  
troncos me ofrecen árboles mayores,  
cuyos estambres o el Abril los abra  
o los desate el mayo, ambar destilan  
y en ruelas de oro rayos del sol hilan.

Sudando néctar, destilando olores, senos de corcho cuyo escondite ignora la golosa cabra, me guardan más miel que todas las que las abejas liban de las flores con inquietud y labran enseguida en el panal, con ingenio: los árboles mayores me ofrecen sus troncos para colmenas cuyos enjambres o los abra abril o lo desate mayo (de la clausura en que han vivido durante el invierno), siempre están destilando ámbar e hilando en ruelas de oro los rayos del sol, tal parecen la áurea trama de los panales.

Del Júpiter soy hijo de las ondas  
aunque pastor si tu desdén no espera  
aunque el monarca de esas grutas hondas  
en trono de cristal te abraze nuera.  
Polifemo te llamo, no te escondes,  
que tanto esposo admiro tu ribera  
cual otro no vió Febo más robusto  
del perezoso belga al indio adusto.

Hijo soy de Neptuno, Júpiter de las ondas, aunque solamente soy pastor, y si desdeñas casarte conmigo renunciarás a que él te considere su nuera y te siente en trono de cristal y te abraze. No te escondas, Galatea, que es Polifemo quien te llama, un esposo a quien toda la ribera admira, grande y robusto como jamás vió otro Febo, el sol, ni aun buscándolo desde Bélgica hasta América, donde está el indio adusto.

Sentado a la alta palma no perdona  
su dulce fruto más robusta mano,  
en pie sombra capaz es mi persona  
de innumerables cabras el verano:  
que mucho, si de nubes se corona  
por igual arme la montaña en vano  
y en los cielos desde esta roca puedo  
escribir mis desdichas con el dedo.

Estando sentado, mi mano no perdona, alcanza fácilmente al fruto de la alta palma y estando de pie mi cuerpo, es capaz de dar sombra a innumerables cabras, durante el verano: por mucho que la montaña hace, no puede igualarme, aunque por agrandarse se corone de nubes, mientras yo, desde esta roca, puedo fácilmente escribir mis desdichas con el dedo sobre el firmamento.

Marítimo Alción, roca eminente,  
sobre sus huevos coronaba el día  
espejo de záfiro fué luciente  
la playa azul de la corona mía:  
miréme y lucir ví un sol en mi frente  
cuando en el cielo un ojo se veía  
neutra la agua, dudaba cual se preste  
al cielo humano o al cíclope celeste.

Volaba un marítimo Alción sobre la roca eminente donde estaban sus huevos, el día que la playa azul fué espejo de luciente záfiro a mi persona, es decir el día en que el mar me sirvió de espejo, miréme y vi lucir un sol en mi frente, mientras en el cielo se veía un ojo (tal era



la fuerza solar de su pupila que no había diferencia entre ella y el astro y así al astro se le podía llamar indistintamente) mientras el agua dudaba a favor de quien debía declararse, prestarse, si a favor del cielo humano que era Polifemo, cielo por tener el sol en su frente, o a favor del ciclope celeste del firmamento, que era ciclope por tener el ojo de Polifemo.

Registra en otras puertas el venado  
sus años, su cabeza colmilluda,  
la fiera cuyo cerro levantado  
de helvecias picas es muralla aguda:  
la humana suya, el caminante errado  
dió ya a mi cueva de piedad desnuda  
albergue hoy por su causa peregrina  
no halló reparo, perdió el camino.

En otras puertas, no en las mías, registra el venado sus años, ya que los años del venado se cuentan por sus cuernos y yo no adorno el umbral de mi caverna con cabezas de venado ni tampoco con cabezas de jabalí que son como cerros levantados y defendidas por las cerdas de su piel, como por picas de los helvecios, guerreros célebres de la antigüedad, que yo adorno la mía con cabezas humanas, las de los hombres que erroneamente llegan allí, mas esta cueva de piedad desnuda dió hoy ya albergue a un peregrino que había perdido la ruta y también le dió alimento, reparo para su cuerpo, que es fama que el amor obra milagro en el corazón de los hombres, ablandándolos.

«Jorge Puccinelli Converso»

En tablas dividida rica nave  
besó la playa miserablemente  
de cuantos vomitó riquezas grave  
por las bocas del Nilo del oriente  
yugo aquel día y bien suave  
del fiero mar en la señuda frente  
imponiéndole estaba sino al viento  
dulcísimas coyundas mi instrumento.

Prueba de esta dulcedumbre con que se ablanda el corazón del ciclope esde que está enamorado es el suceso que cuenta y que se desarrolla a raíz de un naufragio en que una rica nave dividida en tablas dispersas por la tempestad besó la playa miserablemente, arrojando cuantas riquezas movió el oriente por la boca del Nilo de las que la barca estaba grave, cargada; mientras Polifemo imponía a la frente del mar todavía encrespado dulcísimas coyundas, sino al viento, sino se las imponía también al viento que el causante de las tempestades, coyundas líricas, pues eran el fruto de su música pacificante.

Cuando entre globos de agua entregar veo  
a las arenas ligurina haya  
en cajas los aromas del Sabeo,  
en cofres las riquezas de Cambaya:  
delicias de aquel mundo, ya trofeo  
de Sicilia, que ostentado en nuestra playa  
lastimoso despojo fué dos días  
a las que esta montaña engendra Harpías

En esta ocasión fué que ví, entre la globosa espuma de las olas, entregar a las arenas de la playa una nave genovesa, hecha con haya de Liguria, y cajas llenas de aromas sabios de Arabia, a más de las riquezas de Cambaya, India: regalos de aquel mundo, el oriente, hechos ahora trofeos de Scila, diosa maligna que provoca de los naufragios, conjunto de despojos que ostentado lastimosamente en nuestras playas fué durante dos días presa de los ladrones verdaderas harpías, ya que el oficio de estas fué también robar.

Segunda tabla a un genovés mi ruta  
de su persona fué, de su hacienda,  
la una reparada, la otra enjuta,  
relación del naufragio hizo horrenda.  
Luciente paga de la mejor fruta  
que en yerbas se reclina, o en hilos penda  
colmillo fué del animal que el Ganjes.  
Sufrir muros le vió, romper falanges.

«Jorge Puccinelli Converso»

Mi ruta fué segunda tabla en que un genovés aseguró su persona y su hacienda, ya que la primera tabla, el barco, se había hundido y después que se reparó su persona y se aseguró bien de su hacienda, hizo el genovés la relación horrenda del naufragio. Luciente paga de la mejor fruta que se perfecciona entre la yerba o pende en hilos —fruta que yo le ofrecí— fué un colmillo de elefante que me presentó el náufrago, del elefante, animal que crece a orillas del río sagrado de la India y que en la guerra hace sufrir los muros y rompe las falanges.

Arco digo gentil, bruñida Aljaba,  
obras ambas de artífice prolijo,  
y de Malaco rey a deidad Java  
alto don, según ya mi huesped dijo;  
de aquella mano, de esta el hombre agrava;  
convencida a la madre, imita al hijo;  
serás a un tiempo en estos horizontes  
Venus del mar, Cupido de los montes.

También me dió en pago el genovés un bizarro arco y una bruñida aljaba, obras ambas de artífice prolijo y que eran según me dijo mi huésped un alto don ú ofrenda de un rey Málaco o una soberana deidad de Java: con el arco. Galatea, agrava tu mano, recíbelo que te lo ofrezco y con la aljaba agrava tu hombro que igualmente te ofrezco y pues que Venus está ya vencida de tu hermosura, imita a su hijo amor, el arquero de la dorada aljaba y serás simultáneamente en estos horizontes, Venus del mar por tu belleza y cupido de los montes por tu arco flechador.

Su horrenda voz, no su dolor interno,  
cabras aquí le interrumpieron cuantas  
vagas el pié, sacrílegas el cuerno  
al Baco se atrevieron en sus plantas:  
más conculcado el pámpano más tierno,  
viendo el fiero pastor, voces él tantas,  
y tantas despidió la honda piedras  
que el muro penetraron en las yedras.

En este paso de la narración de Polifemo interrumpieron unas cabras su horrenda voz más no su interior pena, las mismas que a Baco mismo se atrevieron a profanar con ligero e incierto pié: más viendo el fiero gigante hollado el más tierno pámpano, dió tantas voces y despidió su honda tantas piedras que penetraron al muro de las yedras donde se encontraban guarecidos Acis y Galatea.

De los nudos con esto más suaves  
los dulces dos amantes desatados  
por duras guijas, por espinas graves,  
solicitan el mar con piés alados;  
tal redimiendo de importunas aves,  
incauto meseguero sus sembrados  
de liebres dirimió copia así amiga  
que vario sexo unió y un surco abriga.

Desatados por este accidente los dulces amantes de sus nudos más suaves tratan de ganar con piés alados, tal en su premura, el mar, por entre duras guijas y espinas graves: de esta suerte el incauto sembrador redimió de importunas aves sus sembrados, vió alejarse a la pareja de sus tierras, pareja que corría con la velocidad de las liebres, dirimida, separada, conjunta, copia de jóvenes amigos que unió el sexo diferente y un mismo surco, el del mutuo amor abriga.

Viendo el fiero jayán con paso mudo  
correr al mar la fugitiva nieve,

(que a tanta vista el líbico desnudo  
registra el campo de su adarga breve)  
y al garzón viendo cuantas mover pudo  
celoso trueno antiguas hayas mueve  
tal antes que la opaca nube rompa  
previene rayo fulminante trompa.

Viendo el fiero jayán correr a Galatea hacia el mar (que nada podía escapársele a aquella vista extraordinaria capaz de ver sobre el líbico desnudo, sobre el desierto libio, tan lejano del Lilibeo, el campo breve que registra su adarga) y viendo correr al garzón, movió cuantas hayas atiguas pudo mover, un celoso trueno tal y como antes que el rayo rompa la opaca nube lo previene una fulminante trompa, un formidable estruendo.

Con violencia desgajó infinita  
la mayor parte de la excelsa roca  
que el joven sobre quien la precipita  
urna es mucha, pirámide no poca:  
con lágrimas la ninfa solicita  
las de idades que Acis invoca,  
concurren todas, y el peñasco duro  
la sangre que exprimió cristal fué puro.

Con violencia infinita Polifemo desgajó la mayor parte de la excelsa roca donde estaba, la cual fué lanzada sobre el joven, para quien es como urna o cantaró descomunal, como pirámide formidable: la ninfa invoca en tal apuro a las deidades del mar para que concurran en su socorro, lo mismo que Acis que también las invoca: todas las deidades concurren más no a tiempo sino para convertir en cristal puro y fluido la sangre que vertía de sus heridas Acis, oprimido por el duro peñasco.

Sus miembros lastimosamente opresos  
del escollo fatal fueron apenas  
que los piés de los árboles más gruesos  
calzó el líquido aljófár de sus venas:  
corriente plata al fin sus blancos huesos  
lamiendo flores y argentando arenas  
a Doris llega que con llanto pío,  
yerno saludó, aclamó río.

Apenas fueron oprimidos sus miembros el escollo fatal, cuando líquido aljófár salió de sus venas y se derramó hasta calzar el pie de los árboles más gruesos: al fin ya corriente plata sus blancos huesos, llega Acis a Doris, lamiendo flores y argentando arenas. Doris con llanto pío le saludó como a yerno suyo y le aclamó río.